El Alcázar 6 feb. 1956

78

UNA NOTICIA EXTRAORDINARIA

POR JOAQUIN CALVO SOTELO, DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

DE manera casi subrepticia, sin titulares elefantíasicos, sin que el teletipo le haya acompañado de comentarios apenas, sin que ningún acuerdo ni oficial ni sindical haya salido a su paso, se ha deslizado en los periódicos norteamericanos una noticia extraordinaria; la más significativa del proceso que siguen las cosas desde hace muchos años, llamada a promover, en un futuro próximo, serios conflictos. La Montesanto Chemil Company, una de las principales fábricas de productos plásticos, ha despedido a sus contadores y a sus tenedores de libros y los ha sustituído por un cerebro electrónico.

En la historia del maquinismo, ése es un fasto singularísimo. Hasta hoy, la máquina había reemplazado, de una manera o de otra, el esfuerzo y la energía física del hombre. Telares, motores de explosión, turbinas, habían suplido el músculo, multiplicando su eficacia y su alcance y ahorrando tal cantidad de dolór y de fatiga, que nunca podrá expresarse en fórmulas. La máquina, con sus poleas, sus bielas, sus pistones, anticuaba, aniquilaba las viejas colaboraciones del hombre, el caballo, la vela, la sangre, en suma, o las fuerzas naturales, y afirmaba su soberanía respecto de ellas. Sólo que su reino estaba circunscrito al mundo exclusivamente material. De improviso, surge el cerebro electrónico, planta su bandera en el terreno de la inteligencia, echa un pulso—la piedriquina llaman a eso por la parte leonesa—con el cerebro humano y, en determinadas circunstancias, y dentro de ciertos límites, se lo gana.

¿Para qué sirve el cerebro electrónico? El cerebro electrónico hace balances, asientos de libros, declaraciones fiscales, informes comerciales, registra, ilimitadamente, con una memoria ancha e infalible, millares de anotaciones y de datos; hace, en suma, lo mismo que los contadores, sólo que mucho más de prisa, sin equivocarse y con economía. Suple así a cien hombres de carrera con sus lápices y sus inmensos libros y su pendolismo y sus gafas, y si bien impone el sacrificio inicial de su costo con certeza inasequible a casi todas las empresas españolas, libera al patrono de plantes, de aumentos de sueldos, de vacaciones reglamentarias y de conflictos laborales.

Toda una profesión compleja, de amplísimo escalafón, de difícil técnica, ha comenzado a mirar en Estados Unidos torvamente a esos competidores temibles que vienen a desalojarles de sus puestos, a robarles, lisa y llanamente su pan. Si la aparición del telar provocó motines, la del cerebro electrónico, con mayor motivo, puede causarlos también. He ahí el enemigo. La fabulosa vida norteamericana buscará, de una u otra forma, acomodo para tantas cesantías imprevisibles, y eso calmará los ánimos de los cesantes; pero de no ser así, el cerebro electrónico de la Montesanto necesitaría una ronda de vigilancia que le pusiera a cubierto de sus desmanes.

¿Qué es lo que distingue al cerebro electrónico de las máquinas calculadoras? La "última diferencia"—amparémonos de la terminología escolástica—reside en la facultad pensante que caracteriza a los cerebros electrónicos. Las máquinas calculadoras se reducen a elaborar unos resultados a la vista de unos datos cualesquiera, con los que, según la palanca les ordena, suman, o restan, o multiplican o extraen raíces cuadradas, pero nada más. Son unos instrumentos que realizan unas operaciones simplemente mecánicas, unos cómputos a secas, y se acabó. Ahora bien, los cerebros están dotados de unos circuitos eléctricos emisores de unas ondas que producen una especie de "ersatz" del pensamiento. Son asimismo capaces de tomar decisiones sobre ciertos puntos de partida. Se dice que el tono que corresponde a esos pensamientos y a esas decisiones es un tono medio. El cerebro electrónico no es un cerebro brillante pero sí sensato, equilibrado y, lo que importa muchísimo, exacto. El "errare humanum est", no le afecta. Su veredicto, si induce a desconfianza en el consultante, puede pedírsele de nuevo, en alzada, y si el cerebro se afirma en sus conclusiones y lo reproduce, bien hará el más escéptico en darlo por bueno.

¿Qué significa la aparición del cerebro electrónico? ¿Una desvalorización de la inteligencia? Naturalmente que no. Tal vez la posibilidad de eliminar su empleo para determinadas funciones, de vencerla en rapidez y en minuciosidad. Y eso es todo. Acaso su irrupción en el área de la competencia ilícita quite puntos al contador, pero lo que es indudable es que hará ganar en cotización al poeta. Importa que sepamos que, en un mundo de "robots", el poeta es, justamente, el que nada tiene que temer, salvo, claro está, la crisis de lectores. Nunca, en ningún caso, el que su función le sea usurpada. Porque lo que está fuera de discusiones es que esa cosa, para unos intrascendente y para otros lindante con el milagro, que es el soneto no nacerá en ningún caso de ningún cerebro electrónico ni por el juego de ningún mecanismo, sea cual sea su sutileza. Seguirá siendo el fruto de esa divina comunicación con el misterio, de la que sólo el poeta se beneficia. El poeta, puesto en trance, perseguidor, pluma en ristre, de la imagen, de la cadencia, del ritmo, de cuanto no podrá, amigos míos, fabricarse jamás.